

El incierto escenario en Medio Oriente

Introducción

El presente año se ha caracterizado por una creciente tensión en Medio Oriente, debido a los constantes conflictos entre los países de la región y a la presencia de potencias extranjeras como Rusia y Estados Unidos, que tratan de ejercer su influencia en la zona.

La violencia, las ofensivas militares y el inexistente consenso para un alto al fuego en la región, generan un escenario de incertidumbre. Siria ha sido la zona que más representa lo expuesto y los civiles son las principales víctimas. Sin embargo, la tensión no solo se manifiesta en este país: la guerra civil en Yemen, la compleja relación de Qatar con los países del Golfo y Egipto, además de los problemas de Israel con la guerrilla chiita de Hezbolá, son otros signos de conflicto.



A continuación se analizarán los países que son los principales actores en conflicto, y que mantienen intereses en el ámbito económico, estratégico y geopolítico en la región.

Arabia Saudita

La más importante potencia suní en la península arábiga y una de las líderes de la región, ha tenido que enfrentar varios focos de conflictos con corrientes radicales del islamismo sunní, como el Estado Islámico y la creciente influencia de Irán en la región. Destacan en ese ámbito las querellas por la administración de lugares santos en La Meca, los conflictos con Qatar, el conflicto interno en Siria donde Arabia Saudita se opone al régimen de Al Assad y la guerra civil en Yemen. Arabia Saudita es uno de los más importantes aliados de Estados Unidos en la zona. Esta condición exalta a los enemigos de la monarquía saudí, que lo ven como un agente de Washington en la región.

Asimismo, este país es una fuente principal de abastecimiento de petróleo para potencias extranjeras como EE.UU. (Cardona, 2009). Esto lo convierte en una nación importante en términos económicos. Además, es una fuerza gravitante en el ámbito militar en la región, generando alianzas en toda la península arábiga. Todo esto sitúa a Arabia Saudita en una posición de influencia que es difícil contrarrestar. El ser conservadores de los lugares santos del Islam le otorga una autoridad moral que le confiere la capacidad de articular coaliciones a su favor. Cualquier intento de socavar su potestad en la zona, podría desembocar en una respuesta a su oponente directo y, en los conflictos que los vinculan como es el caso de Yemen.

Turquía

Durante los últimos meses, Ankara ha tenido una creciente presencia en los hechos que se desarrollan en la región. En tal sentido, su compra del sistema de defensa balístico S-400 a Rusia (Frantzman, 2018) genera un complejo escenario. Por una parte, el material adquirido no es compatible con la tecnología de sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Por otra parte, se genera la posibilidad cierta de que Rusia pueda tener acceso a información sensible de sus socios occidentales, debido a que el armamento ruso va acompañado de personal militar y civil para hacer operativo dichos equipos, quienes tendrían vía directa para conocer los planes y material bélico utilizado por la Alianza Atlántica. A su vez, Ankara

ha acrecentado su intercambio comercial con Teherán, y ha manifestado su apoyo a Irán al afirmar que continuará comprando gas natural a este país, pese a las sanciones impuestas por EE.UU. (Stratfor, 2018 b). Al respecto, se debe considerar la alta dependencia de las fuentes energéticas provenientes del país persa, siendo este país su segundo proveedor de combustibles (Prensa Latina, 2018).

A lo anterior se suman las tensiones con Washington, las que se han acrecentado debido al conflicto en Siria y al apoyo de EE.UU. a grupos kurdos para combatir al autodenominado “Estado Islámico”, situación que es vista por Ankara como una amenaza a su soberanía. Además, para agregar un factor de tensión extra, el mandatario turco, Recep Tayyip Erdoğan, ha endurecido su postura contra Israel (aliado de EE.UU.). Dichas situaciones reflejan el distanciamiento de Ankara con Washington, y una aproximación a las potencias regionales adversarias de Occidente, como Rusia, que benefician sus intereses en relación con un mayor control en la región. Esto significa que el Presidente turco está estableciendo una agenda propia sin considerar a la Casa Blanca.

14

El valor estratégico de Turquía no solo está basado en tener una fuerza militar contundente, sino que también en contar con una posición geopolítica fundamental debido a su proximidad con Rusia, junto con ser país costero del Mar Mediterráneo y del Mar Negro, lo que lo transforma en la principal potencia entre Moscú y el Medio Oriente.

Por último, este Estado está contribuyendo de manera sustantiva a la seguridad europea, porque contiene la masiva migración proveniente de Siria.

Irán

En el caso de Irán, la situación es compleja no solo con sus potencias rivales a nivel regional, sino que también con Estados Unidos. Al respecto, es importante recordar que en mayo del presente año el mandatario norteamericano, Donald Trump, renunció al Plan de Acción Conjunto y Completo (JCPOA, por sus siglas en inglés), suscrito en julio de 2015, entre Irán y seis potencias: Alemania, China, EE.UU., Francia, Reino Unido y Rusia. Además, Trump aseguró que Irán patrocinaba el terrorismo y continuaba su desarrollo nuclear, reanudando las sanciones económicas por etapas (BBC, 2018 b). El probable desarrollo de la capacidad nuclear reflejaría una expansión de poder por parte de Irán en Medio Oriente, lo que amenaza los intereses de Jerusalén y Riad, pudiendo desestabilizar aún más a la región,

considerando que dicha situación debilita el poder disuasivo de las potencias adversarias a Irán.

Lo anterior no solo tiene efectos en esa zona, sino que también en Europa, ya que los países firmantes del JCPOA pueden verse afectados por las sanciones a sus capitales en Irán en caso que no cumplan con los requerimientos de Washington.

El factor nuclear es una herramienta que Irán utiliza para generar una ventaja estratégica en la zona con efectos a escala global. Pese a que este país no tendría perfeccionado completamente su programa, ya esgrime los posibles efectos de este para generar un escenario a su favor.

Siria

Este país se ha convertido en un escenario estratégico donde potencias regionales e internacionales han intervenido para influir en Medio Oriente. Ejemplo de ello son los hechos ocurridos en Guta Oriental, zona de combate permanente entre las tropas del régimen de Bashar Al Assad, con el respaldo de Rusia, en contra de las fuerzas rebeldes (Ayestaran, 2018).

Las ofensivas militares que se llevan a cabo en territorio sirio son constantes e impiden estabilizar el país en un corto plazo. Esta nación presenta un contexto de pugna de poder entre potencias locales, así como ocurre entre Irán (que apoya el régimen de Al Assad) con Arabia Saudita e Israel; y de tensión entre potencias internacionales, como ocurre con Rusia (aliado del gobierno sirio) versus Estados Unidos.

Como se mencionó anteriormente, Turquía es otro país que tiene un papel relevante en este contexto, debido a la amenaza en relación con la presencia de los kurdos. El gobierno de Erdoğan decretó en enero del presente año la operación “Rama de Olivo”, con el propósito de establecer una zona de seguridad de 30 kilómetros en la frontera con Siria. Además, se busca neutralizar las fuerzas del YPG (Unidades de Protección Popular), a las cuales Ankara acusa de ser el brazo sirio del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), grupo considerado terrorista por Turquía, Estados Unidos (EE.UU.) y la Unión Europea (Gaviña, 2018). Esta operación agrava el conflicto étnico y religioso, provocando mayor desconfianza e inseguridad.

En este contexto de tensión se identifica una diversidad de actores regionales e internacionales, los que se benefician de esta coyuntura para ejercer su poder, sin reconocer ni responsabilizarse por el conflicto (Friedman, 2018).

Por tanto, la conflagración podría beneficiar a estas naciones para mantener influencia en la zona, y así plasmar sus intereses.

En consecuencia, lo que está primando en Siria son los efectos de un realismo político que se basa en el poderío bélico de los aliados de Al Assad.

Israel

Este país es uno de los principales rivales de Irán y el más cercano socio de Estados Unidos en la región. Jerusalén se ha enfrentado en reiteradas ocasiones a Teherán, por ejemplo, en el bombardeo a la base aérea T-4 (de Tiyas) cerca de la ciudad de Homs, Siria, en julio de este año (Stratfor, 2018 a), situación en la que Damasco y Moscú culparon a Israel por este ataque, demostrando su apoyo a Irán.

La expansión iraní ha sido una amenaza directa para Israel, esto ha quedado de manifiesto durante el conflicto en Siria generando un escenario en que el Estado hebreo se encuentra con fuerzas iraníes en sus fronteras, produciéndose un aumento de la inestabilidad en la zona y una situación de crisis en la región, que, en conjunto, aumentan la posibilidad de un conflicto a gran escala en el Medio Oriente.

Desde el punto de vista de Jerusalén, la situación es particularmente compleja a causa de que la influencia de Teherán en Siria y en el Líbano produce un escenario de conflicto directo con el país persa, ya que se produce un acercamiento fronterizo entre ambas potencias rivales del Medio Oriente.

Israel no ha descartado un ataque aéreo a las instalaciones nucleares y balísticas de Irán, lo que dificulta el desarrollo de la política de su principal aliado, Estados Unidos, para la región.

Otro elemento a tener en cuenta son los diferentes escenarios en los cuales se desarrolla este conflicto. Particular importancia ha adquirido el ciberespacio, considerando que Irán e Israel han desarrollado una gran capacidad en este ámbito. Esta situación no se limita a la región, ya que las consecuencias de este nuevo ámbito de acción generan efectos más allá de las fronteras físicas.

Rol de las potencias extranjeras en el Medio Oriente

El conflicto en Medio Oriente es otra expresión de los enfrentamientos para adquirir ventajas estratégicas entre potencias globales adversarias. El rol que ellas cumplen se manifiesta de dos formas: de manera directa con apoyo

militar propio o financiando a los países aliados (*hard power*), además de un notorio respaldo en materia diplomática; y por vía indirecta mediante alianzas comerciales, sustento financiero y tecnológico, todas expresiones del *soft power* con el que las potencias globales intentan generar una ventaja a su favor en la región.

Rusia

Este país ha sostenido una estrategia de empoderamiento a nivel mundial, manteniendo intereses geopolíticos y estratégicos en la región. Prueba de ello son las dos importantes bases militares en ese territorio: una base naval en el puerto de Tartús que le da acceso al Mediterráneo con presencia en la entrada al Mar Negro y al Canal de Suez; y una base aérea en la localidad de Latakia (Mañueco, 2018), fundamental en los ataques aéreos contra la insurgencia del régimen sirio.

Además, ante el debilitamiento del gobierno de Al Assad, Moscú ha asumido una posición más activa transformándose en la potencia global más relevante en la zona. En este contexto su rol puede resultar decisivo frente a un aumento de hostilidades entre Israel e Irán en territorio sirio, ya que es el único poder determinante entre ambos países. Junto con eso, para la consolidación de Rusia en la región es importante evitar que se produzca un conflicto a gran escala, y por tanto su propósito es generar un grado de estabilidad en Medio Oriente.

Por otra parte, Rusia ha venido construyendo alianzas políticas con países de la región, sin que participen naciones occidentales, específicamente Estados Unidos. Putin ha celebrado reuniones cumbres con Erdogan (Turquía) y Rohani (Irán), en abril (Hurriyet Daily News, 2018) y septiembre del presente año (Ansary, 2018), tratando de configurar un nuevo ordenamiento para Siria y la región. Si bien los propósitos oficiales de esta última cumbre fueron tratar la situación en el país árabe y combatir el terrorismo; la constitución de esta nueva alianza político-estratégica genera suspicacias en los aliados de Washington que la ven como una amenaza a sus intereses y a la seguridad de sus países, lo que podría generar una respuesta para contener la influencia de esta coalición.

Imagen 2
Mapa Bases rusas en Siria



Fuente: Wordpress (2016).

18

Estados Unidos

La principal potencia del mundo ha detentado una notable presencia en Medio Oriente, sobre todo después del colapso de la Unión Soviética. A pesar de lo anterior, este país ha mantenido una política vacilante en la zona a partir de la salida de gran parte de sus tropas desde Irak, a causa de los costos políticos, económicos y en materia de seguridad que han implicado las operaciones. Durante la administración de Obama se restringió el poder militar tratando de potenciar otras vías de influencia, como la diplomática (*soft power*), cuestión que fracasó. Esta situación fue aprovechada por el yihadismo islámico y las potencias rivales de EE.UU., como Irán y Rusia. Con Trump se ha revertido esta política reforzando el *hard power*, fortaleciendo la capacidad militar de sus aliados y creando coaliciones que apuntan a frenar la expansión iraní en la región.

El vacío de poder que se generó a raíz de la política adoptada por Obama, no ha sido posible revertirla en la actual administración, y ello ha ubicado a Estados Unidos en una posición que no es coherente con su poderío a nivel global ni respecto del sistema de relaciones políticas de Medio Oriente, limi-

tándose a una actuación que se circunscribe a evitar una mayor inestabilidad en el orden geopolítico.

Pese a la ofensiva diplomática de EE.UU. para configurar una coalición contra el radicalismo islámico y generar una alianza de los países sunitas pro occidentales frente a Irán, su herramienta fundamental sigue siendo el poder bélico.

Washington enfrenta un complejo accionar en la zona, ya que debe lidiar con las complejidades propias de establecer alianzas en la región. Por una parte, Arabia Saudita es un régimen con el que tiene serias diferencias políticas. A pesar de lo anterior, su importancia como proveedor de hidrocarburos para Estados Unidos, su influencia geopolítica y religiosa en la región y el ser el principal antagonista de Irán, lo convierten en un aliado necesario. Con Turquía mantiene crecientes discrepancias en relación con la política interna de este país y con los objetivos estratégicos de Ankara en la zona, siendo el asunto más complejo el apoyo norteamericano a fuerzas kurdas. Finalmente, con Israel surge la necesidad de evitar una acción unilateral de Jerusalén contra las instalaciones nucleares y balísticas iraníes, lo que podría agravar muchísimo la situación.

Comunidad internacional

El Medio Oriente constituye un nuevo ejemplo de la incapacidad de la comunidad internacional para contener los conflictos regionales. Una demostración de ello es la celebración, en mayo de 2017, de la Cumbre de Taormina, en la que el G7 demandó una solución política del conflicto en Siria (Consejo de la Unión Europea, 2018), compromisos que no se cumplieron. Incluso, prosiguieron los ataques a instalaciones en este país por parte de Estados Unidos, Reino Unido y Francia, en respuesta al supuesto uso de armas químicas por parte del gobierno de Al Assad (BBC, 2018 a).

De esta manera, se observa que el multilateralismo está siendo superado, y las políticas unilaterales tienden a ser cada vez más preponderantes. Países como Estados Unidos velan por sus intereses sin la necesidad de aliados a nivel internacional, lo que trae consecuencias en el escenario global, generando una gran inestabilidad en el sistema de relaciones internacionales. Esto es un signo que evidencia una reconfiguración del poder por parte de las potencias internacionales, donde se aprecia una tendencia a un nuevo siste-

ma de alianzas: Washington y sus aliados versus una confluencia de poder construida sobre el pacto Beijing-Moscú.

Es importante mencionar el rol de la Unión Europea, organización que ha limitado su accionar a dos asuntos. En primer lugar, a la crisis de los refugiados que le afecta directamente y en la que los acuerdos con Turquía son fundamentales, ya que este país está evitando un agravamiento de esta situación. En segundo lugar, al objetivo de contener el desarrollo armamentístico nuclear de Irán intentando, con ello, salvaguardar el JCPOA o generar alguna vía alternativa al respecto.

La falta de instrumentos jurídicos que respondan a las necesidades de la región es una constatación adicional de la carencia de un sistema de solución de controversias pacíficas, lo que potencia la vía fáctica como único camino para la configuración de un orden más estable en el Oriente Medio.

Conclusiones

Gran parte de los conflictos que se producen en Medio Oriente son dependientes de la tensión entre las dos grandes corrientes de interpretación del Islam. De esta manera, se observa que no solo los factores militares y políticos influyen en las crisis regionales, ya que lo religioso constituye un elemento fundamental en el juego de poder en la región que debe ser bien entendido.

Además, se advierte un contexto de desequilibrio de poder, producto de un cambio geoestratégico en la zona, caracterizado por un fortalecimiento de la presencia iraní y la entrada de Rusia como un actor preponderante.

La disuasión nuclear de Irán es un factor real en el conflicto y con esa capacidad configura una situación favorable frente a sus adversarios, los que son víctimas del dilema de seguridad y se sienten vulnerables. Una mala interpretación de las señales de los antagonistas constituye un riesgo y origina la posibilidad concreta de un conflicto a gran escala.

Esta tensión regional puede traer consecuencias en las relaciones entre Moscú y Washington, dificultando aún más la compleja interacción entre ambas partes y provocando más inconvenientes al sistema internacional. A esto se suma el activo reposicionamiento mundial de Rusia que agrava la situación aún más.

En síntesis, se aprecia un escenario de incertidumbre que podría cambiar los frágiles equilibrios geopolíticos en el Medio Oriente. Debido a la